

FRACCIÓN CONTINUA



CRUZ FLORES

jóvenes • pasión y libertad | literatura | poesía

Fracción continua





GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricoli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricoli

Rodrigo Jarque Lira

Gerardo Monroy Serrano

Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez

Rodrigo Sánchez Arce

Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

FRACCIÓN CONTINUA

Cruz Flores

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | POESÍA

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Fracción continua

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Sergio Eduardo Cruz Flores, por el texto

© Hamlet Ignacio Alejandro Ayala Lugo, por el prólogo

ISBN (colección GEM): 978-607-69828-2-2

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-813-1

ISBN (GEM): 978-607-5910-01-7

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-817-9

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/13/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez
y Jorge Eduardo Robles Álvarez

Diseño y formación: Angélica Sánchez Vilchis

Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández y Jimena Ramírez Olivares

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / Made in Mexico

Nadie puede cuestionar que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Fortalecer la inclusión en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

Fracción continua: reversión de la vida sin remiendo

Las cosas grandes cambian
cuando miramos detenidamente.

Los hombres indican el camino
que debo seguir
para reclamar su Historia.

Yo prefiero desviarme.

Éste es un libro para volver a mirar todo aquello que vimos de pasada, para voltear hacia el punto ciego donde se encuentra el disparador de un pensamiento repentino y recurrente, visualizar el mapa de nuestras memorias y verlo completarse y fragmentarse. Poder observar nuestras propias sinapsis como luces minúsculas cuando “nos cae el veinte” para reconstruir un sueño que habíamos olvidado o cuando alguien completa un recuerdo muy remoto y equívoco tan sólo con un gesto.

La poesía de Cruz Flores mantiene, incluso en sus pasajes más imbricados, una mirada clara y una expresión concreta en relación con los fenómenos de los que se ocupa, ofreciendo acercamientos que resaltan la naturaleza del universo observable mediante una precisión acuciante y una imaginación poliédrica como instrumentos de profundización en la realidad. Gracias a esto, en su escritura podemos encontrar motivos y referentes de la pintura o la teoría cuántica hermanados con la proximidad de los enfermos, el vértigo generado por la desintegración de una fritura y la imagen reveladora que un día

desprende algún aspecto del entorno cotidiano como parte de un entramado de sucesos que conforman una experiencia vital llena de simultaneidad, cambios de ritmo, temperaturas y estados de ánimo, pasando de la ironía y el desenfado a la impresión de un paisaje apenas advertible, pero de gran impacto existencial.

Ese mirar detenido opera en dos formas notables: por un lado, responde a la dimensión de los objetos que mira, ya sea por su carácter impenetrable o por su expresividad latente, dotándolos de profundidad y presencia; por el otro, dota de una justa trascendencia los objetos de lo que en apariencia pueden ser mínimos o descartables, devolviéndoles su relevancia, dimensión poética y equilibrando de manera antisolemne y desenfada, sin perder profundidad ni rigor en la construcción de los poemas.

A través de sus acercamientos, este libro nos sitúa en un universo colmado de fisuras, árboles de raíces expuestas, pequeños simulacros que nos desenmascaran, remiendos que se van revelando en el poema como característica de nuestra vida terrena. En su reunión, los textos de este volumen van abriendo un espacio donde podemos asomar con toda sutileza y, a la vez, de manera decidida al entramado de inquietudes que a todos nos atañen en la historia común del ser humano. Se abren un espacio para tratar aspectos que nos tocan un día ineludiblemente, ya sea para detenerse, bajarnos de la noria del acontecer diario y su ritmo irrefrenable, o para volver sobre ciertos anhelos que se nos imponen con dura desventaja y sin rodeo: “Ver el regreso de quien una vez te arrebataron / y entender que nunca nadie, en realidad, desaparece”.

Para regresar sobre lo sin remedio y sin remiendo, sobre lo conocido e incompleto, la poesía, como fenómeno germinal, para que todo sea nuevamente, es decir, recobrar lo vivido con una identidad inusitada y fresca, posible, engendradora. Naciéndose en otros, naciéndonos con ella. Entonces, “la verdad de su no-ser no anula su existencia”.

La complejidad en la escritura de Cruz Flores no desdeña el poder evocativo de los elementos de la vida corriente, ya que aquello más simple también nos determina, añadiendo textura, color y dimensión temporal a las formas de estar y ser humanos, desdibujando las fronteras entre la trama personal y la dimensión perceptual que nos involucra y nos señala a cada uno de sus lectores como el centro de confluencia de toda clase de estímulos, además de descubrirnos como instrumentos resonadores de todo cuanto nos circunda y nos invade a través de los sentidos.

Otro fenómeno presente es la presencia de lo vivido a través de un ejercicio de memoria. La re-construcción que esto implica dispone ante nosotros la posibilidad establecer conexiones y derivas que van dando forma a otro flanco de lo real, “cortando, armando, depurando / para volver las cosas más simples, / aunque se agrieten”. Esto revela una voluntad de ahondar en la conciencia y recuperar una porción de vida para nuestro sentir, reversionándola y modulándola con justeza, reflejando su carácter simultáneo y contradicho, brindándonos inesperadas maneras de relacionarnos tanto con nuestra historia más personal como con los rumbos que van sugiriendo a lo largo del camino para ser y sentir como individuos.

Es así que, a pesar de todo descreimiento de ciertos simulacros y resanes, vamos descubriendo e incluso ensayando en nuestro devenir. Este libro se presenta como un espacio que reflexiona sobre lo irremediable e infalible de la realidad tal y como nos es presentada, aunque sea para insistir con necesidad en el deseo de que algo quede de nosotros contra nuestra fatalidad espiritual desde un existir en constante mutación y como parte de un mundo en perpetuo desmoronamiento. Sin embargo, a través de los versos, frente a toda imposibilidad, la poesía otra vez se hace presente, toma forma, nos acompaña y resuena. “Algo tiene que permanecer”, insiste el autor, ante la finitud de lo que somos, volver, a fin de cuentas, empecinadamente, aunque sea por lo bajo, a la frágil sensación de lo eterno.

HAMLET AYALA

Historia universal

Veo los mapas de los hombres:
actos, quehaceres, proyectos,

dedos que se abren frente a mí,
voces que indican
“todo lo que ves
será tu herencia”.

Hablan
y parecen brillar,
incuestionables.

No hago preguntas, voy con ellos.

Sólo entonces me doy cuenta
de remiendos escondidos,
fisuras en la tela:

donde antes habían islas
solo existe
un mar oscuro

pero la Historia sigue ahí,
presente y eterna
como la estrella de la mañana
que no sé distinguir
porque nunca la he visto.

Las cosas grandes cambian
cuando miramos detenidamente.

Los hombres indican el camino
que debo seguir
para reclamar su Historia.

Yo prefiero desviarme.

Borrador de lo minúsculo

1.

De mi mano
resbaló al suelo
una fritura,

hizo una pirueta
a treinta centímetros
de mis dedos,

se atomizó junto a mis pies.

2.

Las rupturas se veían claramente,
aunque conservó la misma forma:
aparentemente redonda, íntegra,
pero estaba quebrada
de sus fronteras hasta el centro.

Recogí los pedazos,
los tiré a la basura.

La historia se me escapa de las manos
todo el tiempo, como ese día.

Algo tan pequeño no merece nombre
ni heredad:
ya no es de nadie.

3.
Estaba viendo un documental
sobre Chernóbil:

*la radiación
cruza huesos y venas,
es capaz de atomizar un cuerpo
nada más con un golpe
de materia imperceptible,
aventada al vacío.*

Los cuerpos se desintegran,
quedan agujeros donde hubo materia,
fragmentos de metal en un campo abierto.

4.
Los años siguen, no pasa nada,
algo florece dentro
de las estructuras vacías.

Después de un tiempo,

las familias desplazadas
regresan a la zona de exclusión.

Hay muebles avejentados,
plantas radioactivas
en sus jardines.

Sienten cómo el hogar vacío
habita el mismo espacio
y es tan hermoso.

5.
Un equipo de producción
llega a la zona
y la gente abre sus puertas.

La cámara se fija en el rostro de una anciana.
Pasan los créditos.

Lucrecio vio las ruinas de Pompeya
como resabios de algo
que una vez estuvo ahí,
pero ya nadie es capaz de dar constancia:

*Importaban poco la religión ya entonces,
y los dioses,
porque el dolor era excesivo.*

Los gritos de hace milenios
son idénticos a los de hace un par de décadas.

6.

Vi la historia en la televisión y era lo mismo
que hay frente a la puerta de mi casa,
en las cosas que no valen nada,
en lo pequeño.

Un abismo se extiende entre mis manos.

Un día se acabará la historia,
de qué más se puede hablar.

Ensayo sobre el olfato

Parece algo artificial, brota
 quién sabe de dónde,
se dispersa entre las ramas
como un muñeco rascahuele
de la infancia, y apenas visible,
un tallo nimio en el jardín
saca esporas,
 llena el espacio.

Mi madre planta una flor verde
 entre las otras
 y apenas me entero
de cuál es, cómo se llama. No sé
los nombres de las flores,
no sé muchas cosas,
 soy disperso,
aun cuando escucho las palabras
y su artificio se me pega
 como si fuera una verdad.

Miro la cosa por su nombre
y no distingo el olor,
su cualidad organoléptica
que me recuerda un juguete,
hasta que mi madre lo dice:
“hueledenoché”.

Me acerco para darle la palita,
le ayudo a cambiar las macetas.
El jardín se llena de lodo.
Qué rápido se nos acaba el tiempo.
“¿Cuándo vuelves?”,
“pronto”, le digo,
subo al auto.

Me gustan las palabras que son frases:
correveídile,
hueledenoché,
el aroma de esa flor tan amplio
que aparece
un momento
y cuando deja
de estar oscuro
se esfuma.

Poema de segunda

Como en la pintura de Van Eyck, una mano
sobre el vientre, rígida y exacta,
un dedo apuntando hacia el lado izquierdo,
la palma abierta a 45 grados; la piel
lisa e imposible como si nunca
hubiera tocado la luz del sol,
el cabello amarrado en dos conos
que enmarcan el trazo de la cabeza
y otorgan al rostro simetría.
Una imagen del matrimonio Arnolfini,
siglo xv, entre basura:
la luz que no toca los cuerpos
hace pensar en las cinco de la tarde,
y el sol está en el lado opuesto de la casa.
Nunca he visto el original.
Si tuviera dónde meter este cuadro,
quizás lo compraría, jugaría a decirle
a la gente que es auténtico,
reemplazado sin que nadie se enterara.
Quizás alguien llegaría a creerme,
pero aunque el trazo está muy bien hecho

los colores son distintos, y la luz
no viaja a la usanza del maestro.
El óleo está empezando a agrietarse,
pronto las hojuelas de pintura
se marchitarán en el suelo.
La gente pisará los muebles, las paredes,
los pálidos rostros.

Escribo espejos circulares,
cosas de segunda mano,
ideas sobre lo que he visto y leído
apuntando a una ausencia
transparente, casi invisible,
como la huella que divide
lo falso de lo real.
Detrás, el espejo
del retrato Arnolfini
refleja sus espaldas,
una pintura de la sagrada familia
frente a la que están posando
y adentro Jesús, María, José,
el pesebre que contrasta
con el lujo de la naciente burguesía.
Reconozco el aura
de las falsas superficies,
imágenes antiguas
que no están aquí

ni en ellas mismas,
ni en ningún lado.

Yo no puedo saber nada.

Olvidar es un trabajo

Lo hacemos diariamente y en conjunto,
pulimos el olvido como una superficie: las esquinas
redondeadas, suaves al tacto

Olvidamos con las manos,
nos encerramos en un cuarto
donde no pegue mucho el sol,
y no se filtre la humedad.

Ensayamos lo último,
adquirimos destreza
cortando, armando, depurando
para volver las cosas más simples,
aunque se agrieten.

Ensayo sobre el azul

Un color que no era color
color intermedio
“ningún color existe” dices
todo sombras simulacros
de otros simulacros
nombres inventados
para los que queremos estar
seguros de que lo visto
es real
contingente.

Pero ningún color existe.

Uno hace los pigmentos
con sangre de insectos o piedras
o plantas en un molote
que una chica aplasta en su cabaña
lentamente
mientras murmura una canción de paz
sobre la arena
sobre la ceniza
sobre la tierra y nosotros
nosotros aquí

esperando entender el azul
aprehender el azul
sentirlo
caminamos por la galería
y una pareja enfrente
tomada de las manos
mira el bosque imaginario de un Hockney
la primavera en medio del vacío
la suspensión del instante donde
el pasto es verde
ellos son rojos porque aman
la tierra es gris y sórdida
la muerte es negra
y el cielo azul.

Un retablo de Ángel Zárraga

Señor
No sé celebrarte como el poeta
En versos complicados
Pero acepta
Señor
Esta obra áspera y humilde
Que he hecho con mis manos mortales.

ÁNGEL ZÁRRAGA
Exvoto (San Sebastián)

1.
Frente al moribundo
con el dorso
de las palmas
tocándonos
mirábamos
hilo de sangre
bajando a la tercera costilla
hacia adelante
como si exhibiera
el perfil de la herida
con su hueso tronado y abertura
y el recio tallo
de la primera flecha disparada.

“Quería enseñarte éste”
el letrero del exvoto

con mártir caligrafía.
Abajo tronaban
los cañones y los fierros
del barco arrastrado
por una inmensa ola
y el campo
extendía sus fauces
para nosotros.
Entramos luego
de un beso y cuatro chelas.
Llevaba tanto tiempo sin salir.

El coche se averió en su eje
justo entre la obrera y centro.
Para todos los desconocidos
ahí estorbaba yo
en medio de una calle transitada.
Un patear ahogándose
el intento de arrancar un auto viejo
hecho estatua
inservible.

Mi casa estaba lejos.
Me prestaste tu cochera.
“Quédate un rato” dijiste
y me quedé tres años
en viajes fiestas primeras comuniones
la esperanza un día de nuevo y otro sí
la compañía sutil y bella hasta el hartazgo

2.

Y después horas muertas
la taquería de abajo con sus lánguidas
eternidades de pastor y lengua
ya no más la casa junta y todos felices.
Ya no el mar abierto el día tranquilo
el mientras tanto y cuándo vas
a mudarte pintura seca
haces ruido manchas las paredes
cuántos días cuánto más y todo el tiempo
dónde andabas
ya no quiero

transido
esta colonia por un rato
en etimología de restaurantes
y nombres que seguirán lastimando
cuando uno ya supo resignarse
a ocultar las cosas que quedaron
por discutir frente a los familiares
en rito hipócrita
y coreografiado como es vivir morir
o presentarse en sociedad
vuelto pareja estable cuando tus arterias casi estallan
pero hay que ser atentos y especiales
aunque no quieran ver o decir nada
y el mundo seco muerto abominable
esté brotando como de la tráquea

un pollo rostizándose en la estaca
luego de un par de años malhabidos
si ha de doler que duela y yo
transido.

3.
El dolor no es para tanto.
Ocurre sin intención o forma
sin dirigirse a nadie
ni quererlo.

Aunque cueste trabajo entender
y uno cubra su nombre de tierra
y grite y maldiga berrinches
y quiera deslizar las cortinas
revolcarse en sus tristes adentros
todo pasa.

No es para tanto:
un día despiertas y las cosas mueren.
La flecha termina de clavarse.
La sangre escurre a la rodilla.
Se cierran los museos.
Se cuajan las imágenes.
Los autos dejan de pitar.

Hematoma

1.

Cuando sostenía mi brazo
en alguna plaza, un lugar público,
yo temía que nos observaran,
que alguien — la familia, la escuela,
cualquier persona— se diera cuenta.
Es obvio, me decía a mí mismo,
y está mal. No podemos seguir.

Pienso en las horas de esa casa vieja,
cuando nos ocultábamos de la gente
y se escuchaban los perros, los niños jugando.
Nos abrazábamos en una casa sin espejos.
Una casa de interés social, prefabricada,
con muros de ladrillo y cemento
que se ponían calientes al llegar la tarde.

Después iba al trabajo. Llenaba cartones
de cerveza fría, de tres en tres,
y me encaminaba al billar con el diablito
que una mañana se venció. Mi padre

era el dueño de la tienda. Sólo pidió cuidado.
Me acuerdo de recoger las esquiras
húmedas con una escoba, trapear después.

2.

Dice el catálogo del Museo Jumex
el mes de nuestra visita: “Creadas
entre 2003 y 2008, las pinturas
de la serie *Bacchus* son la culminación
de la carrera artística de Twombly”.
Eran grandes círculos rojos y duros,
esas pinturas: manchas enormes,

interrogantes. La sangre dispersa
entre las líneas de la mano, y después,
cuando su madre enjuaga la herida,
cae hacia el lavabo y deja atrás su mancha,
de color rojo. Es un niño que se corta
al agacharse con una esquirra de vidrio
transparente, perdida en el suelo.

Todas las cosas tienen su halo:
dejas células muertas en las sábanas,
cabellos que se desprenden al andar,
y el viento adhiere cosas a tu cuerpo.
Twombly pinta un círculo rojo,
no sabe que le quedan seis años de vida.
Hunde su brocha en la pintura otra vez.

3.

Recuerdo que te cortaste en esa casa
mientras intentabas prender el boiler.
Tu mano goteaba hacia el suelo
y dejó un rastro hasta el lavabo.
No era grande. Te ayudé a desinfectarla
y no pasó a mayores. Con esa mano
esbozaste un círculo. Después,

cuando te miré a través del plexiglás,
tu pecho hinchado, ojos caídos,
tenía miedo de entrar a la habitación
donde estabas cubierto de tubos.
El rojo en tu pecho, la traqueotomía
que abría y cerraba en la V de tu cuello.
Nunca pensé que ibas a lastimarte.

Estábamos cada tanto en esa casa vieja,
ocultos de la familia y los amigos,
en secreto. Las paredes eran todas grises,
la casa gris, en obra gris. Rojo
el interior del cuerpo, la sangre que gotea
de la mano del niño al suelo, la mano
lastimada que hace un círculo gigante

4.

Tú eras ese niño, tenías la sangre
goteando por tus zapatos nuevos,

la respiración entrecortada.
Me pregunto si te habrás acostumbrado
al frío del oxígeno por tu garganta
y a no poder abrir los ojos.
¿Qué hacen los ojos bajo tus párpados

si el cuerpo que guían está inmóvil?
Dicen que a veces se mueven rápido
y acaso en ese momento sueñas.
Yo tengo un sueño donde la casa
se hace un laberinto polvoriento,
lleno de pasajes y recámaras falsas,
y el cubo de luz es la única salida.

El instante en que se rasga
la piel del niño, cuando los párpados
se cierran, cuando se quiebran
las botellas. Lo rojo que está ahí,
en tu pecho, bajo tu piel, en todo.
Lo rojo que distingue al espacio
de tu frágil y mutable superficie.

5.
En medio de la garganta
una x, una chispa roja,
una palabra vacía, un retrato
que acosa desde la gaveta
y un círculo rojo, una voz
que no sale, el cuerpo azul,

la cuerda tensada, un círculo
en la garganta, un punto,
un movimiento amplio
del brazo que se extiende,
forma una mancha roja,
se cierra, y se rompen
las botellas en el suelo, el tacto
se interrumpe, la cuerda se corta
y todo en suspenso, sin juzgar
entre nosotros, inconsecuente,
la carga de las cosas y los días,
la carga burda, sin algún peso,
una gota de sangre en el cuello,
el perfil de un tacto
en el límite inferior del lienzo
que deja un rastro rojo de pintura,
una huella, un solo estuve aquí,
un punto rojo, nada más.

RESTART

Gotta go fast

Cuando éramos niños
nos quedábamos a escondidas
jugando con el SEGA Genesis.

Los controles voluminosos
escurrían de nuestras manos
y evitábamos producir
cualquier sonido,
furtivamente,
en *Sonic 3* por turnos
intentando superar al otro,
cazábamos anillos
y *power-ups* y rampas
para aumentar la velocidad.

Éramos casi vecinos
en una ciudad fría,
callada y pequeña.

En la pantalla, Sonic
se hacía bolita

y llegaba hasta el límite
para enfrentarse con Eggman.
Moríamos entonces, una y otra vez,
pero eso no hacía que nos detuviéramos.

Íbamos más rápido, desviando cada traba,
hasta que se hacía de madrugada
y la luz enrojecida
asomaba por la habitación.

Una navidad me invitaste a tu casa
porque Santa te trajo un Xbox.
Era una caja negra con verde,
amplia, que escondía dos controles
más livianos que los del SEGA,
con más botones y dos palancas:
una para apuntar,
la otra para moverse.

Cuando instalamos el sistema
y pusimos el disco incluido,
descubrimos otra cosa:
anda corre golpea dispara
no los dejes tocarte están por entrar.
Las texturas, más humanas,
más reales, de los cuerpos, y las caras
de maniquí nos deslumbraban:
dispararle a alguien,

sentir el control vibrando,
ver a los cuerpos que caen.

Jugar con el SEGA parecía poca cosa,
con música cursi, gráficos inferiores.
Nos fue dejando de interesar.
Luego nuestras familias se mudaron,
dejamos de vernos.

Hoy se descompuso mi pantalla,
azules chirriando uno contra el otro
en un montón de estática sin forma, y recordé
cuando jugábamos *Spider-Man 2*:
el mundo abierto, la ciudad inabarcable
donde nos columpiábamos
hasta que el juego se detenía
y aparecía un punto rojo.
“Lo siento, su copia está corrompida”.
“¿Pero tiene garantía?”
“No”.
Nunca lo terminamos de jugar.

Tengo *Sonic 3* cargado en mi celular.
A veces lo juego en salas
de espera, en aeropuertos.
Me asombra lo simple del control: izquierda,
derecha, saltar,
Las cosas se mueven como uno quiere.

El tercer jefe me mata una y otra vez.

Sonic me preocupa.

Cada vez que se cae a un barranco

o lo matan, siento

que mi cuerpo estremece levemente,

mi mandíbula se tensa, mis manos

aprietan un poco el teléfono.

Igual tendré otra oportunidad.

No debería preocuparme tanto.

La ventaja de estos juegos

es que morir implica una resurrección

precisa, una y otra vez, hasta que acabas

o te cansas del juego, y lo abandonas.

El Sonic que controlo muere y sigue corriendo.

Su único descanso

es levantarse después de muerto

y ver la misma casa, los lugares

íntimos que la memoria invade

hechos escombros, reliquias

de un pasado que se extingue:

un ruido entre las manos,

luces que se apagan, puntos rojos,

el grito de las cosas cuando mueren,

sentir la vibración de los controles.

Cuando éramos niños
salió una nueva película de Godzilla.
Nos compraron el videojuego
en un puesto de fayuca, lo instalamos,
servía, y era pésimo.
Nos quedamos con Spider-Man,
aunque se trabara.

Me gustan los videojuegos
porque cuentan una historia
en presente, y la habitamos
con mayor interés
porque estamos en personaje:
corremos siendo Sonic,
nos columpiamos en Spider-Man,
somos Godzilla en los ojos
de Godzilla, como en *Las Meninas*
al observar la escena
desde el punto del espejo, el límite
de la mirada se convierte en uno
que observa, y da testimonio
de una vida que no es suya.

Cuando éramos niños
las palabras eran vía para otras cosas
más interesantes. Para qué hablar,
si entonces no hacía falta.

En mi teléfono, Sonic se juega la vida.
Le lanzan cangrejos mecánicos,
bolas de fuego, no lo dejan respirar.
Intento llevar a Eggman
a una esquina, lo acorralo con saltos
y disparos energéticos, me muevo,
me hago bolita, lo contengo
en un espacio reducido para evitar
que responda mis golpes,
y sigo atacando por unos minutos.
Después la pantalla en negros,
explosiones de 16 bits, música: Sonic
se levanta, estalla el edificio,
los créditos empiezan a rodar.

Sobre el fondo negro de los créditos
veo mi rostro,
pienso en ti.

Te escribo desde aquí
sobre cuando éramos niños.
Intento darle claridad
a la forma en que se habitan
los recuerdos, explotan las señales,
los párpados se cansan de la luz
como entonces se trababa la consola
y nos quedábamos impresos
en la pantalla, frente al punto rojo,

sin saber qué hacer. Quedaba nada más levantarnos, desconectarla, ver que no estaba guardada la partida, empezar otra vez.

Nada es para siempre

Cuando John Milton tenía 24 años escribió un soneto sobre la pérdida de su juventud, lamentándose, exigiendo que le dieran sabiduría en represalia por haber perdido algo que ni era suyo. Melodramático, el inglés pensaba despedirse de su vida en el inicio. No conocía estas palabras del poeta: *hasta la belleza cansa*.

Porque la belleza cansa, los ciegos de Brueghel son más memorables que un Rossetti: para qué habitar un mundo de figuras y apariencias suaves, que no comunican más que esa latente angustia de lo bello. Cuando Milton tenía 24 años apenas había escrito *Lycidas* y alguna de sus odas italianas.

Quizás de saber lo que vendría hubiera disfrutado más: la muerte

de su esposa, la ciega, el exilio
todavía quedaban lejos. Pronto
sería muy pobre, incapaz
de trabajar, pero iba a escribir libros
de los que la gente sí se acordaría.

Aquí yace Lycidas, consumido por el mar
a sus 24 años. Mejor que no supiera el futuro:
la ignominia es más interesante y emotiva
que toda la terrena hermosura.
Hasta la belleza cansa, es verdad,
y la habitamos.

Días de asueto

Qué miedo salir,
dejar asegurada la puerta,
cerradas las cortinas,
abandonar lo dispuesto para uno.

Al ceder,
nunca dejaría la casa:
me haría tan mueble
como los muebles, tan planta
como el asfódelo que riego
cada tercer día.

Por eso es necesario
fumigar, limpiar
para que no haya ojillos
que acechan en la sombra,
fantasmas de vivos
que usaron la cocina,
mordieron las plantas
y ya no están.

El más nimio desplazamiento
puede alterar el orden.

Uno no entiende
por qué inventa
argumentos para quedarse:

qué tal
si el edificio se incendia,
si la vecina olvida a mi gato
y éste muere de hambre,
si alguien que no he visto hace años
me busca, no respondo,
y no lo veo más.

No quiero pensar en esas cosas.

A fin de cuentas,
estoy de vacaciones.

Desparramo mi cuerpo
en una silla de azotea:
qué a gusto se está aquí.

El ruido de los autos como el mar
abarca el sentido de mi miedo,
al mundo que pasa lentamente.

Religión de los batracios

El sapo lucha por dejar atrás
su cola, la tranquilidad
primordial del estanque
donde nació y creció
unos milímetros antes
de aventarse al vacío
y notar que le empezaron
a salir ancas, que la piel
empezó a abultarse,
y casi sin darse cuenta
se fue haciendo algo
que no querría
de haber tenido opción.

Entonces, comienza
a cuestionar sus privilegios,
se pregunta por la calma
con que vive mientras algunos
renacuajos sin fortuna
nunca salieron del estanque
o emergieron deformes

con los ojos en la boca,
con la piel transparente,
corazones horadados.

El sapo reconoce
su suerte de estar vivo,
tener cuatro extremidades
y una mucosa agria
que le permita alejar
a los depredadores. Sabe
que todo está bien en la laguna,
que el bosque es memorial
y eterno, protegerá
a él como a su estirpe, y a todos
sus hermanos que brotan
al mismo tiempo
del mismo caldo
hiperactivo.

A veces lo entrevé
cuando está dormido,
pero no se ha dado cuenta
de que cada día es más pesado
y cuenta mucho
para hacer que el resto
valga la pena: no sabe
que al morir existe un túnel
donde volverá a ser renacuajo,

se hará las mismas preguntas
en el mismo orden
siempre, hasta el final.

El mar de Dirac

—Señor, ¿para usted qué es la poesía?
—Decir algo que todos ya sabemos de manera
que nadie lo comprenda.

0=1/2

Hay espacios por donde no pasan los objetos,
y se amontonan en capas de negación
como un bar lleno de ebrios, ignorándose.
Esto es el mundo: oposiciones continuas,
formas diferentes de expresar vacíos
que no tienen sentido una y otra vez,
aplazamientos de las mismas repeticiones.
Las partículas, sometidas por antimateria,
se configuran en una especie de torrente,
como capas en un pastel o ejércitos
que se forman. Así están todas, en conjunto.

$0 = -1/2$

Incluso dentro del vacío puede haber ausencias, agujeros perfectamente delimitados, que parecen consumir los reflejos de las cosas. No es cierto. Incluso estos agujeros en la nada, para estar, deben ser algo: anulaciones continuas, parejas de nada que dan vuelta unas sobre otras y atraen, como ballenas blancas u hoyos negros, la masa de algo que se acerca, que intenta no desprenderse y termina suspendido, que se ahoga, pierde su naturaleza originaria y se vuelve uno en el mar, junto a los otros.

1=1/2

En el principio, el espíritu de Dios
(que es nada) flotaba sobre las aguas
(de la nada) y de repente se le ocurrió decir
“hágase nada”. Y se hizo la nada.

Un pez sin cuerpo flotando entre el vacío,
cortando un aire sin aire, sacando espuma
de ausencia con aletas que no existen;
eso era Dios. Algo que no se ve, porque los ojos
no están hechos para ver donde no hay cosas.
Este agujero es un Dios en el mar de nada:
La verdad de su no-ser no anula su existencia.

$1 = -1/2$

Es una danza. Dos límites en paralelo
—¿qué son?, nadie sabe— entremezclan
sus fisionomías, que circundan en sí mismas,
se trenzan y separan todo el tiempo
como el acomodo dimensional de una medusa
o el aire que enmarca a los ventiladores.
Decir “no hay nada” es como decir
“no entiendo”, “no puedo ver”, “no distingo
el momento de separación entre las cosas”;
ver el regreso de quien una vez te arrebataron
y entender que nunca nadie, en realidad, desaparece.

Edgar se cae

Esta luz es consumida por lo negro.
El asfalto recibe pisadas de la gente:
rasguños, caídas, impactos, charcos
bajo unas capas frágiles y tornasoladas.

Aquel día jugabas en el rancho
de tus abuelos con un primo
medio agresivo, a quien veías poco.
Andaban por el riachuelo
con palitos de madera, remedando
movimientos de película.
Tu hermano mayor los seguía
con la cámara de tu madre.

No existe origen para la luz. Ella
simplemente refracta contra el suelo
y desvía su trayectoria levemente:
en todo esto no hay nada especial.

Una vez escalábamos el monte
y mi padre tropezó con una piedra,

cayó de sentón, y tuve miedo.

Poco antes, Domingo cayó a la cisterna.

Nadie escuchó el ruido del cuerpo

que desciende, el chapotazo,

el golpe seco entre los muros.

Sus padres lo encontraron frío.

La luz nunca se detiene, ignora

las cosas que entrecruza, se refracta

en cristales rodeando cada objeto.

El trabajo de lo negro es absorber.

*Una vida que es una hora que no es,
que no se ve, que no se alcanza,
un ahora que no es vida en un minuto,
un minuto que sólo acaba en pausa.*

La refracción se filtra a tientas

por el cuarto de madrugada:

una alcoba extraña y vacía, imposible

de dimensionar, se opone a lo negro

cuando pasan los borrachos

cantando el estruendo de su avance

y los coches sangran halógeno

entre persianas blancas. Edgar

se filtra lentamente en el cristal

de la cámara que lo graba

y ya, we, pinche pendejo, we

atado en la memoria del video.

En ese otro lugar no habita el tiempo
sino como el reverso de una palabra
vacía, sin contingencia ni forma, ni nada
más que la luz y su contraer parásito.

No puedo dormir. Enciendo el teléfono
con presteza, de noche,
hincándome sobre el colchón.

Edgar y yo nos parecemos.

Edgar no es cierto. No está ahí.

Está la luz que lo rodeaba,
la que ha existido siempre,
incluso ahora, cuando la imagen
es apenas el gesto disfrazado
y hace fácil rodear al eco,
estrujar su nombre tardío
como si fuera el propio.

*Un cuerpo a medias, frígido, en el aire,
que no puede sostenerse por sí mismo
y que ha de terminar cayendo al fango,
un paso en falso y caer a la cisterna*

Palabra ya no dicha Mi padre Negro en un instante
Azote contra el cuerpo Edgar Extensión de lo posible

Edgar se cae toda la vida en un segundo
y el segundo dura todo lo que acaba
y rebota de nuevo, se divierte, no deja de pasar.
No hay forma de ir contra esta luz.
No existe nada que escape de lo negro.

Elegía para mí

Mi cuerpo
tiene forma
de tamal.

A veces se cansa,
se abulta, pero no quiere
claudicar en sí mismo
y morir avergonzado
por contener multitudes
de rajitas con queso.

Aquí está mi cuerpo.

A veces tiene miedo
de no despertar
porque se asfixió
o le dio un infarto
y se quedó ahí
y nada más.

Por temporadas
he soñado
con ser otro
más bello, saludable,
con no cansarme,
con no estar triste
a veces
y sin motivo.

Soñar es lo único
que hace un tamal
sudando en la olla:
ponerse a rezar
que en el momento de cocción
no se desparrame,
que alguien llegue a escogerlo
y lo consuma.

Remuevo
las ropas
de mi cuerpo.

Estoy frente al espejo,
desnudo,
mirándome.

“Yo soy el que soy”,
dijo la zarza ardiente
a un Moisés sorprendido.

Me digo lo mismo,
el espejo repite
los movimientos de mi boca.

Yo soy el que soy:
el sueño de un cuerpo
que se quedó pegado
al fondo de la olla.

Construcción

En la esquina de una ciudad que no conozco,
están arrancando un árbol.

Puedo verlo salir
del agujero que ocupó
durante años: sus raíces
contrastan con la fijeza del tronco,
sus edades, su musculatura.

Lo arrancan con una grúa
para moverlo de la tierra
y convertirlo en mueble, en tabla,
en algo útil y correcto.

La máquina excava hasta el fondo.

Nadie se pregunta
cuál es la opinión del árbol, si hubiera
aceptado que lo extirparan del suelo.

Nadie conoce su redondez,
sus raíces
plantadas en el asfalto.

Apenas creció aquí, donde ahora
los hombres derraman cal
para que el suelo endurezca.

Observo cómo lo están montando en un camión
y lucho por sacarle una fotografía,
contar su historia,
guardar su nombre.

El camión se aleja en esta ciudad de paso.

Los tallos en la grava están secándose,
las hojas que quedaron
crujen
bajo mis pies.

Temporal

Una casa grande, vieja, con ventanas altas. Una terraza en la que pega el sol casi todo el tiempo. Una casa rodeada de edificios, sumergida en una época que ya no está. La gente que habita la casa es vieja, es otra, no es nadie. Primavera. Cerezos y jacarandas en la avenida. Una casa varada en sí misma: un navío grande que envejece un poco más con el paso de los días, con las plantas descuidadas que crecen adentro y las figuras que aparecen en la hiedra. Una casa que es más vieja que nosotros. La casa a la que entramos. Esta casa.

—¿No te gustaría vivir en otra época?

Aquí
hace milenios
había un bosque
de secuoyas, rostros
tatuados en los surcos,
ciudades de palos y niebla.

Aquí no había nada
después del frío
que se tragó todas las cosas.

Ahora, el sol alumbra
un montón de latas aplastadas
a mitad de la calle. La carcasa
colorida de los autos
nos deslumbra: reflejos en el vidrio,
un montón de cartones
entre los que duerme, como ostión,
un vagabundo. Regresamos
con dos vasos de café.
Abajo, fluyen yacimientos de petróleo,
hueso entre escombros y brea.

Ya no quedan rastros del pasado.
Se apagaron los volcanes.
Inventamos una historia
limpia, bella antes del polvo,
antes del colapso de la estructura.
Imaginamos un entonces
que habitan solamente
las cosas de nuestra memoria.

Pero el tiempo no sabe
de catafixia, de hacerse otro,
de bifurcarse.
Si hubiera pedido este café con leche
al rato no me daría gastritis,
todo sería diferente
si tuviera un mejor trabajo,

si hiciera más ejercicio.
El tiempo solo sabe de querer ser.
Querer ser, atado a la tarde.

Hay gente que vivió en esta casa.
Caminó estos pasillos, se preguntó
sobre la vida, intentó hablar con fantasmas
y fracasó. Miraban a la sombra
esperando una respuesta. Ahora caminan
con nosotros, beben con nosotros,
sus huesos dan sostén a las paredes.
Rodamos juntos como latas vacías.

En la pendiente, donde crecí,
las cosas se mueven distinto:
los objetos crecen más lento, las arrugas
tardan más en plegarse bajo los ojos
y adentro hace frío, las personas
ven pasar el día que ofusca
la garganta como un hueso atorado.
Este día de latas aplastadas,
del calor que despierta al vagabundo,
no es mío, aunque vivo en él.
Me muevo distinto, mi sangre
se acumula en las venas, mis ojos
ven el transcurrir de las cosas.
Aquí pasa lentamente. Yo no.

Un reloj cae de la mesa,
un trozo de monte cae
al océano, tocamos
la puerta de una casa.
El mundo avanza con nosotros,
nos tira, nos troza, nos toca,
y seguimos el camino de siempre.
A veces dejo el auto frente a la reja
y se llena de hojas secas,
yescas de un bosque ardiendo,
el interior de un húmero
lleno de hormigas.
Imagino los huesos,
pienso en la muerte:

tiene nuestros ojos,
nuestra piel, nuestras venas,
y nos acompaña en el recorrido a casa
como un paso en falso en el camino,
un agacharse para encender la radio,
un auto que deslumbra.

Pienso en la muerte:
algo cae al suelo,
se retuerce por varios minutos
y permanece aquí,
hecho pedazos. Un corazón
se detuvo en esta casa

y aún lamenta entre los pasillos.
El sol está bajando.
Observo al vagabundo
caminar frente a la casa, tambaleante.
Sus miembros son lisos y delgados,
veo un rostro joven
entre la barba desvalida.
Habita ese lado de la calle
desde que tengo memoria.

¿Y si muriera aquí,
donde nadie se enterara?
Quedaría en su posición de ensueño,
con las piernas recogidas
y los ojos cerrados,
perdería su carne
hasta ser montón de huesos
en un búnker de cajas.

Algo tiene que permanecer.

Una secuencia de acontecimientos:
despertar, ser, moverse, partir.
Todo en orden, dispuesto
al acomodo de nuestra memoria.
Quiero parecer seguro
de que esta hora lleva a la siguiente,
de que este verso que escribo

será consecuente con el otro
y después hablaré sobre lo mismo:
escribir, marcar
los huesos en la tierra
y su pronto olvido.

El tiempo pasa entre nosotros.
Es lo que es. Lo hilamos.
Somos en él. Morimos en él
y no existe. No tiempo
altera los sentidos. No palabra
pasa por el tiempo
no frágil forma de palabra
ahí donde ya no sé qué cosa
donde no se habla no se dice
no los huesos
 en la tierra
no las rocas no los rastros
 quemándose
 creciendo
no allá ni aquí
 tampoco
no palabras un instante
no continuo
 no difuso
 solo aquí
hoy donde estamos
 aquí ahora

ahora donde aquí las cosas
ahora todo
 está cambiando
aquí ahora donde pasa aquí
no hay tiempo sólo tiempo
 sólo huesos
 sólo yesca ardiente
 sólo algo que se quema
 y nace y crece y muere
 cada cosa en su lugar.

Ésta es
 la casa oscura
 la palabra vacía
 los huesos
en la tierra,
 la lata
 aplastada,
 la luz deslumbra
 a medias

 el vaso caliente

 todo está
 estamos
 en el frío
 de la montaña

en un pasado
que no vimos

este día soleado
en todo lo que está
por acabarse.

Aquí
no es casa
de nadie.

Aquí
es casa de
Fantasmas

Aquí
se rompe
en mis manos.

Aquí
son mis manos
de otro.

Aquí
está pasando
una historia.

Aquí fue
es
aquí estamos

en el sueño de una casa
en la imagen de una casa
en el cuerpo de una casa
en el papel cubierto
de palabras que es la casa

el tiempo no es nuestra casa
una casa cubierta de hiedra
voces ocultas en paredes
limo en los muebles
cadáveres ocultos
en los cimientos.

Si el tiempo fuera una casa
estaría a medio derrumbarse,
con hiedras y polvo que se abre
camino por la frágil estructura.

Si el tiempo fuera una casa
yo sería un mueble viejo
resquebrajándome por el aire,
dejándome abatir en el polvo
saturado,
sin esperanza.

Las plantas crecerían sobre mí.

Las ratas anidarían generaciones
en mis huesos.

vacío

se extingue

no hay nadie no hay nada todo es preciso cae mismo instante
mismo lugar todo está aquí ahora todo está aquí ahora todo
tiene algo algo aquí ahora algo quedará de todo esto algo aquí
ahora algo tiene algo debe algo ahora
algo tiene que permanecer.

Nota del autor

Este libro fue escrito en las calles Liverpool 16 y México 1968, mayormente durante mi estancia en la Fundación para las Letras Mexicanas, 2018-2019.

Índice

SIMULACROS

Historia universal	17
Borrador de lo minúsculo	19
Ensayo sobre el olfato	23
Poema de segunda	25
Olvidar es un trabajo	28

GRADACIONES

Ensayo sobre el azul	31
Un retablo de Ángel Zárraga	33
Hematoma	37
<i>Restart</i>	42
Nada es para siempre	49

LÍMITES

Días de asueto	53
Religión de los batracios	55
El mar de Dirac	58

Edgar se cae	62
Elegía para mí	66
Construcción	69

TEMPORAL

Temporal	73
----------	----



Fracción continua, de Cruz Flores, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael Abbink & Paul van der Laan, de la Fundidora Font Font. Diseño y formación: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Ariana Cuadros Pedral, Jimena Ramírez Olivares y el autor. Editores responsables:
Alejandro Pérez Sáez y
Jorge Eduardo Robles Alvarez.

Este libro es un mapa. El mapa de un hombre que se encuentra con la poesía y la vida. En la vida escucha grietas y dibuja un horizonte pleno y nítido. En la poesía, ve fracciones, partes de un todo que le significan lo que está y lo que continúa. Piezas, en esencia, de lo que se inventa en una experiencia poética.

Cruz Flores ha escrito uno de los libros más inteligentes de su generación, es hábil para trazar un paisaje privado y único, a la vez fraterno, como se escriben los nuevos paraísos. Sabe modular su voz, pero también la incendia, y en ese vértigo busca el elemento irracional, del que habló Stevens, entre la realidad y la sensibilidad del poeta, para que surja la poesía. Celebremos *Fracción continua* porque es un libro que le da sentido a nuestro tiempo.

MARÍA BARANDA